se echó en los brazos de su viejo amigo derramando amargas lágrimas.

—Hijo mio, le dijo el Dr. Mier acariciándolo, ten fortaleza.

—¿Y cómo he de tenerla si hasta los hombres á quienes considero más fieles me abandonan?

Y luego reponiéndose:

—Así no venceré; pero en fin, hay que ir adelante, y seguiré luchando.

Se echó en la cama vestido y pasó una de las noches más angustiosas de su vida.

CAPITULO XXV

PRIMER TRIUNFO

Estaba Mina en su campamento situado, como hemos dicho, á una legua de Soto la Marina, ocupado en llenar los huecos que habian dejado los oficiales desertores, cuando recibió el aviso de que Arredondo se encontraba ya á tres jornadas con dos mil hombres y diez y siete piezas de artilleria, mientras que los realistas Martinez y Garza reunian otros mil y quinientos, preparándose todos para coger en medio al puñado de insurgentes que se encontraban rodeando al intrépido caudillo español. En el acto de tener esta noticia montó á caballo y se dirigió al fuerte que estaba al Este de la villa, ocupado por el mayor Sardá. Llegó en los momentos en que el Dr. Mier preparaba una nueva proclama que habia de hacerse circular entre el enemigo.

—Señores, les dijo Mina, no es el momento de formar proclamas sino de prepararnos al combate.

—¿Pues qué pasa? preguntó el doctor alarmado, pues desde hacia algunos dias todos eran infortunios en aquella pequeña armada.

—Que vienen aproximándose algunas fuerzas de consideracion contra nosotros.

—Supongo, dijo el Mayor Sardá, que ya vuestra excelencia habrá formado un plan de operaciones.

—Tengo el único que puede ejecutarse mas ó menos bien en las circunstancias en que nos encontramos.

—Cualquiera que sea tiene que ser bueno.

—Oigámosle sin embargo, dijo el doctor dejando sus papeles y acercándose á los dos militares que estaban en la otra extremidad de la pieza.

Entonces Mina, bajando la voz, les dijo:

—Si nosotros, con la pequeña fuerza que tenemos, nos pusiéramos á esperar en esta fortaleza, ó fuera de ella, á un enemigo ocho ó diez veces mayor, indudablemente seriamos vencidos ó cuando menos cercados por tiempo indefinido, sin esperanza de socorros, hasta que nosotros nos abriéramos paso con sacrificio de los dos tercios de nuestra gente. Hacerles frente en cualquiera posicion ventajosa daria el mismo resultado: los rechazariamos una, dos y mas veces, pero al fin tendriamos que ceder al número. De manera que en lo que menos debemos pensar es en un combate decisivo, que no podrá sernos de modo alguno favorable.

—Pero huir estando rodeados me parece imposible, exclamó el Dr. Mier.

—En efecto, si quisiéramos abrirnos paso con todas nuestras fuerzas, seria una empresa peligrosa que no aconseja la prudencia.

—Entonces.....

—Entonces he pensado que lo mejor es dividirse. Aquello que yo habia imaginado para hacer expediciones cortas, me va á servir ahora para hacer una campaña mas formal.

—Aunque no comprendo aún, dijo Sardá, tengo fé en que el general ha pensado lo mas conveniente.

—Oigamos, agregó el doctor.

—Este fuerte es el que nos va á servir de apoyo para todas nuestras operaciones.

—¿Este fuerte?

—Sí, señor doctor.

—¿Pero cómo?

—De la manera más sencilla. Aquí dejo al más bravo de mis oficiales al frente de cien hombres escogidos, con toda la artilleria y con todos nuestros depósitos de armas y municiones, mientras yo con el resto del ejército, salgo á hacer algunas escaramuzas, dando tiempo á que se nos reunan las numerosas fuerzas del Bajio que se están organizando para venir á protejernos.

—Pero al fuerte no dejarán de atacarlo.

—No lo harán teniendo una fuerza á la retaguardia, sino que todos se me echarán encima para no dejarme tiempo de que ensanche mis operaciones.

—Pudiera ser que tambien dividieran su gente, dijo Sardá, mandando una parte á seguir el cuerpo principal y destacando alguna mas ligera sobre el fuerte.

—¡Magnífico! exclamó Mina, si hacen eso, lo mas natural que se ocurre, están perdidos.

—¿Cómo?

—Porque yo alejaré á los que me sigan hasta un punto donde pueda derrotarlos con facilidad y entonces contramarcharé con mayor número de tropas sobre los que estén poniendo sitio al fuerte y si me esperan serán destrozados entre dos fuegos, resultando de todas maneras muy probable para nosotros la victoria, sin embargo de contar con tan reducido número de hombres.

El doctor y el mayor se dirigieron una mirada sorprendidos, sin saber si dar fé á aquel plan que parecia descabellado y mirarlo como una broma ó si debian aplaudirlo como una maravilla del arte de la guerra.

Mina acabó de darles confianza diciéndoles que los dos tenian que quedarse en el fuerte, el Mayor porque era su oficial mas valiente y el único en quien tenia plena confianza estando seguro de que primero habia de morir que rendirse y el doctor porque allí era en donde se quedaba con mas seguridad, una vez que los verdaderos peligros y las verdaderas fatigas en donde tenian que temerse era en las escaramuzas, pues que probablemente á aquellas pobres tropas que iba á llevarse Mina no les habian de querer dejar ni un momento de descanso.

—¡Oh! dijo Sardá, manifestándose muy satisfecho de aquella muestra tan grande de distincion, yo quisiera poder estar á la vez defendiendo este fuerte y corriendo los grandes peligros que van á correr mi general y demas compañeros.

—Gran servicio será, Mayor, el que usted preste sosteniéndose en este fuerte, á todo trance, y llevando yo la seguridad de que no lo abandonará.

Mier, que no las tenia todas consigo, dijo por su parte:

—Y yo no quisiera ni quedarme aquí, en donde será fácil que nos reduzcan por hambre, ni irme con la expedicion que no podrá hacer tal vez muchas jornadas sin que la ataquen triplicadas fuerzas.

Mina se sonrió viendo que el doctor comprendia perfectamente la situacion y se apresuró á decirle:

—Ustedes tienen víveres para mucho tiempo y el fuerte es intomable á viva fuerza aunque lo ataquen cuatro mil hombres.

—Yo lo defenderé, general, hasta el último extremo.

—Esas son precisamente mis instrucciones y de que se cumplan al pié de la letra depende el éxito de la campaña militar que vamos á sostener, contestó Mina. Por lo demas, si sale errado este plan, continuó á pocos momentos, no encuentro otro que me parezca mejor. ¿A ustedes se les ocurre alguno?

Sardá y Mier se vieron y contestaron que en efecto no habia otro.

—Entonces no hay que perder tiempo. Yo me voy

á poner en marcha inmediatamente para distraer la atencion del principal cuerpo de ejército que nos acomete. Ustedes, entretanto, pongan á cubierto las municiones para que no vayan á incendiarse y procuren acumular cuantas semillas puedan en los dias que les dejen libres. Nada de capitular ni de ceder en lo mas mínimo antes de que yo esté de vuelta, que será siempre á tiempo para salvarlos del mayor apuro. Por lo demas, si llegan á saber que soy destruido, cosa que considero difícil, pueden volar el fuerte ó hacer lo que les aconseje en el último trance el valor, el patriotismo y la lealtad.

Diciendo esto Mina volvió á montar á caballo y regresó á su campo. El mismo dia se puso en marcha con trescientos hombres divididos en tres cuerpos, comprendiéndose en ellos doce criados y cinco ordenanzas que tambien habian de combatir en caso necesario. ¿A dónde iba? Ni él mismo lo sabia; pero lo que le importaba era que se le viera moverse, tanto para infundir aliento á los partidarios de la insurreccion, como para distraer á las grandes masas de realistas que venian rodeándolo por órden del virey y que no eran menos de cinco columnas cada una compuesta de unos dos mil hombres. Los gefes que las mandaban eran Arredondo, comandante general de la provincia de Santander; el coronel Benito Armiñan, comandante general de la Huasteca; el mayor Rafols, que era gefe del batallon 1° americano, Márquez Donallo y Hevia, que eran coroneles de los de mas importancia. El gefe de caballeria, D. Felipe de

la Garza, tenia la prevencion de observar los movimientos de Mina con un cuerpo de cuatrocientos caballos.

Fuera que las instrucciones que tenia no alcanzaran á emprender ningun ataque contra las reducidas fuerzas de Mina, fuera que el rápido movimiento de este le hubiera impedido saber á tiempo que pasaba á pocas millas del lugar que ocupaba ó porque se hiciera disimulado, el hecho fué que lo dejó pasar sin molestarlo, quedando aquel sorprendido de haberse podido salvar del peligro de una escaramuza que podia, cuando menos, haberle costado alguna gente. Alborozado por el éxito de esta marcha, permitió Mina que sus soldados descansaran seis horas en Palo Alto en donde encontraron abundantes refrigerios, que bien los necesitaban en aquella estacion del año, la más calurosa y en aquellos desiertos que habian tenido que atravesar sin encontrar ni una gota de agua.

Sin tener ningun tropiezo, continuó luego su marcha con direccion á Horcasitas. El rio que pasa á la orilla de la ciudad estaba algo crecido y aunque para todos los que lo pasaran habia riesgo de ahogarse, solamente pereció el teniente Gobet que fue arrastrado por la fuerza de las corrientes.

En todos esos rumbos habia grandes simpatias por la insurreccion, pero habia mas miedo á los realistas, de manera qué tanto las poblaciones como las rancherias se encontraban desiertas; sin embargo, no faltó un amigo que hiciera saber á Mina que en la hacienda del Cojo, del coronel D. Cayetano Quintero,

furibundo realista, habia una partida de setecientos caballos mansos preparados para el enemigo, y sin pérdida de tiempo mandó capturarlos, destinando para este objeto al capitan Travino.

Este oficial, que llevaba santo y seña, llegó á la hacienda al medio dia y manifestando un papel firmado por Quintero de una manera supuesta, dijo al administrador:

—Vengo por los caballos.

—¿De parte del gefe?

—Aquí está la órden.

—Es raro que mande tan pronto por ellos, dijo el desconfiado administrador rascándose la cabeza.

—Nada tiene de raro, le contestó Travino, porque aquí cerca andan los insurgentes.

—¿Quienes son los que andan?

—Un tal Mina que trae como dos mil hombres, segun nos ha dicho uno que lo ha visto en Horcasitas.

—¿En Horcasitas?

—Sí, sí, amigo mio, allí están, de modo que no hay tiempo que perder ó se nos van los caballos.

—¡Maria santísima! exclamó el administrador alarmado.

Y entonces mandó á su gente que juntara los caballos del campo, mientras que Travino escogió otros de las caballerizas que tambien se llevó con pretexto de ponerlos en salvo.

El administrador vino á comprender que habia caido en un lazo ya cuando los caballos iban por delante

arreados por su misma gente, viendo que Travino recogia tambien las armas de la hacienda y algunos mozos que le parecieron buenos para soldados.

El diligente administrador para tomar algun desquite, no solo mandó avisar á todas partes donde habia fuerzas realistas de que allí estaba Mina, sino que comisionó á cinco de sus hombres mas conocedores de las travesias, para que se fueran por entre el monte á lazar los caballos que pudieran; pero no pudo rescatar mas que unos quince ó veinte de los menos servibles.

Todos los de Mina saludaron aquel hallazgo con las mayores muestras de regocijo, pues fuera de que se privaba al enemigo de un buen elemento, en adelante ni los mismos infantes andarian á pié, teniendo ya excelentes caballos para hacer grandes jornadas. Todos fueron montados en efecto, en los caballos mas fuertes, soltando los sobrantes por inútiles en las travesias mas escabrosas y dándoles la estampida de cuatro en cuatro ó de cinco en cinco por lugares en que menos pudiera encontrarlos el coronel Quintero, quien seguramente hizo gran mohina por la jugarreta de los insurgentes.

Los realistas, luego que observaron cual era la marcha que seguia Mina, arreglaron á ella sus movimientos. Armiñan, que era el que tenia un cuerpo de ejército mas numeroso, mas caballeria y mas dominio sobre los terrenos que los insurgentes iban pisando, fué el designado para que siguiera dándoles caza,

mientras que Arredondo fué el encargado de atacar el fuerte de Soto la Marina.

Armiñan, creyendo que Mina iba á meterse en la Huasteca para ponerse en comunicacion con D. Guadalupe Victoria que todavia se mantenia con alguna gente en las costas de Veracruz, mandó que Melgares se situara con la caballeria en la hacienda del Cojo, mientras él haciendo que la infanteria pasara el rio en canoas ocupaba la poblacion de Altamira, seguro así de cogerlo entre dos fuegos y obligarlo cuando menos á capitular.

—Ya lo tenemos, decia á sus oficiales, mañana ó pasado mañana cuando mas tarde, tenemos á Mina en nuestro poder. El camino de San Luis lo tiene cubierto Villaseñor con un buen cuerpo de caballeria, así es que el renegado está ya dentro de la ratonera.

—¿Y si atacan á Melgares? le preguntó el capitan Tapia.

—¡Qué delirio! exclamó riéndose Armiñan, Melgares tiene seiscientos buenos dragones y cuatrocientos mas de Garza con que puede auxiliarlo en dos horas.

Pero cuando mas estaba regocijándose de los seguros resultados que tenia que darle su táctica, vino uno de sus espias á decirle que Mina se habia lanzado á la sierra y que llevaba el rumbo del Valle del Maiz.

—Tampoco se nos escapará, dijo Armiñan, allí tambien podremos cogerlo con tal de que marchemos de prisa.

Y en efecto, se puso á andar de prisa, pero apenas llegaba á la mision de San Baltasar, cuando Mina le llevaba ya mucha delantera: estaba ya á media jornada de Valle del Maiz.

Allí se encontraba el capitan Villaseñor con el escuadron de Sierra Gorda que se componia de ciento veinte dragones bien armados y con algunas compañias de realistas rurales que podrian llegar á otros ciento veinte, con los que se resolvió á salir al encuentro de los insurgentes.

Al dejar el pueblo dijo Villaseñor á los vecinos:

—Nadie se mueva de aquí, pues que aun con cincuenta hombres me comprometeria á derrotar á los revoltosos en las gargantas de la sierra. Dentro de doce horas les traeré á ustedes las cabezas de Mina y de sus principales capitanes.

Pero Villaseñor no contaba con la rapidez vertiginosa que llevaba Mina, al cual encontró á unas dos ó tres leguas despues de la salida del pueblo en el punto llamado los Lobos. Entonces retrocedió y como la noche avanzaba acampó sobre unas lomas que dominaban el camino.

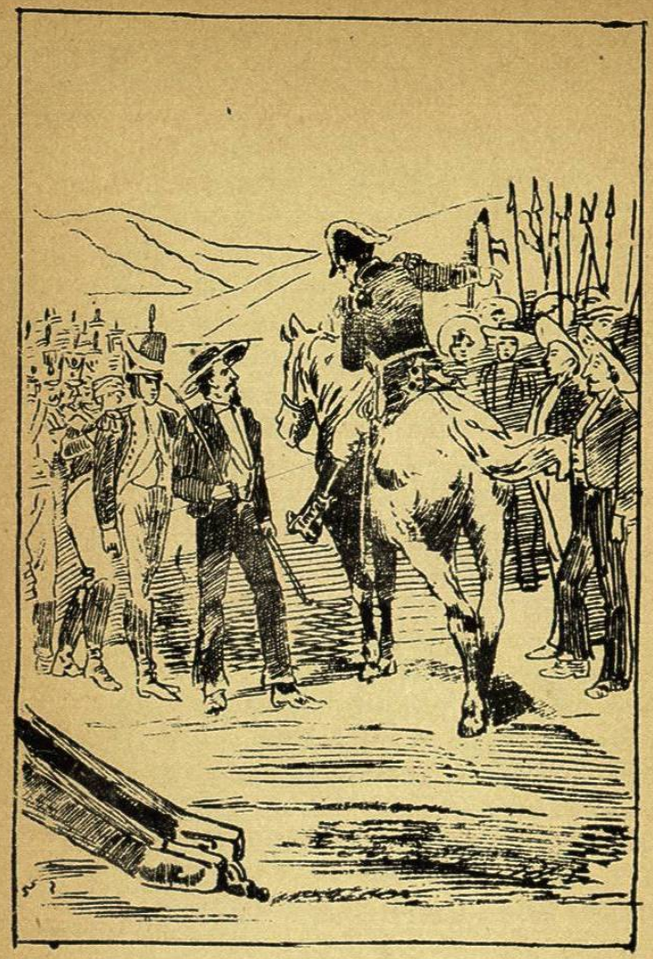
Los informes que adquirió fueron inmejorables, los insurgentes venian completamente destroncados y la tropa no era tropa sino una chusma que no resistiria la primera carga de caballeria. Mina habia salido desde el 26 de Mayo de Soto la Marina, estando ya rodeado de fuerzas enemigas por todos lados, y era el 8 de Junio cuando se le iba á obligar á librar el primer combate. De manera que habia conseguido bur-

lar la vigilancia del enemigo durante quince dias y aun en aquella vez podia haber aprovechado la noche para ponerse á buena distancia de Villaseñor, si hubiera tenido empeño en esquivar el combate; pero vió que las fuerzas que se le oponian eran poco mas ó menos iguales y consideró que era conveniente intentar un golpe que podria abrirle las puertas del pais si conseguia darlo contuso.

Desde por la noche ordenó su plan de operaciones, dando las órdenes correspondientes á sus subalternos, encareciéndoles que no se separasen ni un punto de ellas si querian afianzar la victoria.

Muy temprano se encontró á caballo el dia 8 avanzando sobre las posiciones ventajosas que ocupaba el enemigo.

Cuando ya estaban á tiro de fusil, Mina destacó á unos cincuenta tiradores entre los que sabian mejor poner el punto en blanco, dándoles instrucciones de que se diseminaran para no presentar bulto al fuego del enemigo que estaba compacto. Villaseñor, que no estaba acostumbrado á esta táctica y que sentia que los tiradores hacian mucho daño en sus filas, mandó que la vanguardia se replegara á la reserva para dar una carga cerrada con toda su fuerza; pero antes de poder disponer su columna ya tenia encima al enemigo. Mina habia avanzado cubriendo su fuerza por el flanco izquierdo y luego que observó el movimiento de los realistas, al grito de ¡Viva la independencia de México! cargó sobre ellos haciéndoles huir en desórden para la poblacion.



Entonces no se oyó mas que un solo grito dado por los prisioneros ya libres, por los soldados y por los vecinos de la poblacion: ¡Viva Mina!

—¡A ellos! ¡á ellos! gritó á los suyos, no hay que dejarlos que se organicen porque entonces se hacen fuertes en la poblacion y pueden detenernos, ¡á ellos! ¡á ellos!

Y sin dejar que sus soldados se ocuparan de tomar el poco botin que habia quedado en las lomas, hizo que unidos siguieran al alcance, llegando todos juntos á las calles del Valle del Maiz.

Vilaseñor reunió sus dispersos en la plaza y volvió á hacer frente á los de Mina, pero estos venian engolosinados con el triunfo y aún sin dar tiempo á los que se habian quedado atrás, se precipitaron sobre los realistas con gran denuedo volviendo á desordenarlos y á ponerlos en fuga.

Entonces Mina organizó violentamente á veinte de sus húsares mejor montados y se lanzó detras de Villaseñor, que llevaba unos cuarenta dragones completamente desmoralizados, á los que fué lanceando en un gran trecho, es decir, durante dos ó tres leguas mas, hasta que vió que los pocos que quedaban tomaban diversas direcciones, sin saberse cuál de todos era Villaseñor, que era el único á quien hubiera querido coger prisionero.

Mina regresó con diez realistas presos, que juntos con otros que habian hecho sus oficiales hasta el número de cincuenta, puso en libertad, recomendándoles que no volvieran á pelear en contra de la independencia.

Entonces no se oyó mas que un solo grito dado por los prisioneros ya libres, por los soldados y por los vecinos de la poblacion: ¡Viva Mina!